Paisajes sonoros históricos
e-ISSN: 2603-686X

Aspectos sensoriales, litúrgicos y musicales del viaje del monje jerónimo fray Diego de Ocaña a las Indias (1599-1605): De la isla de Chiloé a Potosí

Ruiz Jiménez, Juan
Real Academia de Bellas Artes de Granada · ORCID iD: https://orcid.org/0000-0001-8347-0988

Fecha de publicación: ; Modificado: 27-09-2026

Cómo citar este artículo / Citation:

Ruiz Jiménez, J. (). Aspectos sensoriales, litúrgicos y musicales del viaje del monje jerónimo fray Diego de Ocaña a las Indias (1599-1605): De la isla de Chiloé a Potosí. Paisajes sonoros históricos, Núm. 12. https://www.historicalsoundscapes.com/evento/1817/chacao.

Resumen

La etapa que fray Diego de Ocaña recorrió desde la isla de Chiloé (Chile) hasta Potosí (Bolivia) fue, probablemente, la más dura y azarosa de todo su periplo por el Nuevo Mundo. También fue la menos productiva para los intereses de la misión que se le había encomendado: fundar cofradías de la Virgen de Guadalupe a través de las cuales se recolectaban fondos para su monasterio en Guadalupe (España), matriz espiritual de esa devoción.

Palabras clave

viaje; misa; bailes populares; cartografiando fray Diego de Ocaña ;

Title

Sensory, liturgical and musical aspects of the journey of the Hieronymite monk Fray Diego de Ocaña to the Indies (1599–1608): From the island of Chiloé to Potosí

Abstract

The segment traversed by Friar Diego de Ocaña from the island of Chiloé (Chile) to Potosí (Bolivia) constituted, in all probability, the most arduous and perilous juncture of his entire itinerary through the New World. It furthermore proved to be the least productive regarding the objectives of the mission with which he had been charged: the establishment of confraternities dedicated to the Virgin of Guadalupe, designed to raise funds for his mother house in Guadalupe (Spain), the spiritual locus of said devotion.

Keywords

journey; mass; traditional dances; mapping fray Diego de Ocaña

Tras llegar a la isla de Chiloé, frontera sur de la conquista hispana en la Gobernación de Chile, fray Diego de Ocaña emprendió el viaje de regreso, en dirección norte. Su intención era recoger las limosnas que pensaba se debían haber ido recaudando en los

lugares por los que había pasado, pero como vimos en la etapa anterior, la gran rebelión mapuche de 1598 –que se prolongó hasta 1604– estaba asolando los importantes enclaves urbanos al sur de La Concepción.

Véase: https://www.historicalsoundscapes.com/evento/1805/lima.

Ocaña, consciente de su fortuna, escribe:

“Y doy muchas gracias a Dios por haber quedado con vida y no habella perdido con todo lo demás, como perdieron otros muchos, pues milagrosamente nos libramos de los indios cinco compañeros y yo los cuales salimos del Reino de Chile por la Cordillera a la Gobernación de Tucumán, por la manera que agora digo y conforme lo escribí a España. Fue el caso que volviendo de la isla de Chiloé a la ciudad de Osorno para ir recogiendo todas las limosnas, de la suerte y por los mismos pasos que los había ido pidiendo, la hallamos cercada de indios y cuatro leguas antes que llegáramos, como tuvimos nueva desto, torcimos el camino y nos apartamos para la ciudad de Valdivia”.

Al llegar a las proximidades de Valdivia, vieron que también había sido atacada. Tras ocultarse, se encontraron con “dos hombre desnudos, españoles,” que habían escapado de la ciudad y se habían escondido, los cuales les contaron lo acaecido. Viéndose en el ojo del huracán de la revuelta, tuvieron que tomar una drástica decisión:

“Después de haber conferido entre nosotros a dónde íbamos, nos determinamos a pasar la cordillera porque no era posible poder de otra manera librarnos y deparonos Dios aquellos dos hombres que eran prácticos de aquella tierra y sabían el camino, porque de otra suerte pereciéramos de causa que los cinco compañeros míos no sabían más del camino real y con este acuerdo nos encomendamos a Nuestra Señora de Guadalupe, la cual siempre llevaba conmigo”.

Vemos, por tanto, que Ocaña inició esta etapa de su viaje en compañía de otras cinco personas, a las que las circunstancias obligaron a modificar su hoja de ruta. A ellos se sumaron los dos vecinos de Valdivia que serían sus guías a través de rutas alejadas de los denominados “caminos reales”, nombre con el que se conocían las habituales vías de comunicación entre los asentamientos conquistados o fundados por los españoles.

En su huída, se encontraron con indios que perseguían a otros españoles que habían podido salir de Valdivia, a los que intentaron ayudar, pero la falta de armas de fuego para combatir –solo llevaban espadas– les obligó, en el intento de salvar sus vidas, a continuar con su escapada, protegidos por la noche y la niebla, a través de una zona pantanosa que sirvió para cubrir sus huellas. Tras tres días de viaje y la penuria de atravesar otra zona lacustre, llegaron “a la falda de la cordillera”, donde “teníamos más seguridad por los pocos indios que hay”. Allí descansaron dos jornadas para reponerse del cansancio y del miedo experimentado, antes de enfrentarse a una experiencia que los llevaría al límite de sus fuerzas: atravesar la cordillera de los Andes.

Ocaña nos dice que tardaron doce días en cruzar la cadena montañosa, es posible que por el paso de Carirriñe, situado en una latitud similar a la de Valdivia, durante los cuales iban:

“Comiendo con tanto tiento los granos de maíz que de continuo quedábamos muertos de hambre y cuando tantos trabajos y duelos fueran con pan pudiérense llevar mejor y no sentirse tanto los malos pasos, las cuestas, los montes, los ríos; la nieve y el frío que sufrimos no digo por no cansar, y al fin dimos en tierra del Tucumán y Paraguay”.

En este punto del relato hay una interpolación en el manuscrito, fechada en 1600, con una "graduación de todos los puertos de la costa del Pirú, desde Panamá hasta el estrello Magallanes", en la que se hace relación de todos ellos, anotando su latitud. Repite luego otra lista similar, más detallada, especificando algunos de los principales productos que se exportaban desde esos enclaves portuarios.

Ocaña prosigue su vívido relato sin filtros, a modo de diario personal, lo cual le proporciona una frescura de la que carecen otras crónicas oficiales:

"Después que pasamos la cordillera por caminos nunca andados, subiendo y bajando cuestas por las quebradas de los ríos, íbamos bojeando [= rodeando] los cerros. Por algunas partes era tanta la nieve y el frío que perecíamos y cuando veníamos bajando ya a lo llano veníamos todos a pie, porque la mitad de los caballos se nos habían muerto y despeñado y los que quedaron traían nuestra ropa y sin sillas, de suerte que pude sufrir tanto trabajo con la mocedad [sic]. Traía solamente el escapulario como capotillo de dos faldas y un criado mío que truje desde Sevilla no hacía sino decirme «diferentemente anda el hábito de San Jerónimo en Sevilla», yo respondía, «allí como allí y aquí como aquí», que callase y no me diese pena que bastaba la que yo traía acordándome por aquellos desiertos y campos de las granjas de Mirabel [municipio en la provincia de Cáceres], aunque en frescura mucha más había por acá, porque perecíamos de frío y de hambre. Y así, cuando llegamos a los llanos del Paraguay y Tucumán, nos tendíamos como caimanes y comenzamos a pescar… que en cinco meses no comí cinco panes…".

Como hemos visto, nos confirma que uno de sus cinco acompañantes era el criado que había contratado en Sevilla y que, a estas altura de su periplo, todavía continuaba con él. Pero ¿a dónde habían ido a parar exactamente tras atravesar la cordillera? La descripción que nos proporciona Pedro Sotelo Narváez, en su Relación de las provincias de Tucumán (1583), revela la localización geográfica de sus principales núcleos urbanos mucho más al norte del posible paso por el que los escapados de Valdivia habían cruzado los Andes. Ocaña señala que, a los cuatro días de llegar a los llanos, empezaron a encontrar algunos "ranchos de indios y pocos indios por los campos, desnudos, como sus madres los parieron, ansí mujeres como hombres". Abandonaron sus caballos y tomaron otros "que cogíamos por aquellos campos, que hay muchos". Al no disponer de frenos ni sillas, les resultaba muy difícil montarlos y dirigirlos, con frecuentes caídas, en una suerte de descontrol que hacía que Ocaña bromeara con su compañeros diciéndoles: "¡Bendito sea Dios! Que vamos jugando cañas sin querer".

Aquí, como a lo largo de todo su relato y al igual que en otras crónicas, Ocaña establece, siempre y para todo, parámetros comparativos y busca similitudes con sus referentes en Castilla.

Tras un número indeterminado de jornadas, "un domingo", llegaron a una "ramada" [= enramada], posiblemente un pequeño recinto donde encontraron un clérigo: "aguardando para decir misa a todos los indios que se juntaban allí de todas aquellas rancherías". Indigna a Ocaña que asistieran totalmente desnudos a la iglesia para la celebración de la misa, "porque no traen cosa ninguna en las partes vergonzosas, sino todo al aire"; enfadándole especialmente el que, cuando los servían en las mesas, las españolas, ya tan acostumbradas a ello, se rieran de que él se escandalizara. Lo disoluto de las costumbres, le hace decir: "que no hay más cristiandad en Ginebra, porque cada uno sigue su apetito y así diré con brevedad lo que hay en el Paraguay y Tucumán por no enfadar, tocando de paso en todo". La referencia a Ginebra, capital del Calvinismo

reformado, es un tópico bien extendido al que apelaban los castellanos para referirse a conductas desviadas de la ortodoxia religiosa dimanada de Roma.

Se detiene Ocaña en explicar la particular manera en la que los indios se confesaban en estas tierras durante la Cuaresma, para lo cual se cubrían con una manta de algodón, por lo que llamaban a este acto ir “a ponerse la manta”, en vez de “a confesar”. Igualmente, incide en la prevalencia de las costumbres y creencias de los indios en un todavía escaso sincretismo, pero también apunta a su filia por la ritualidad: “yo veo que el día de hoy están en sus borracheras y sus idolatrías y hablan muy de ordinario con el demonio que les aparece en los bailes que ellos hacen… por otra parte, son muy ceremoniáticos y abrazan bien lo ques procesiones y disciplinas y estas cosas de cofradías y sanctos y imágenes”. Hace una clara distinción entre estas comunidades indígenas y las que estaban bajo la tutela doctrinal de los jesuitas en “Lima y en el Cuzco y en Potosí y en Juli [Perú] que es una doctrina que ellos tienen que hay muchos indios que son buenos cristianos y les dan la comunión del sanctísimo sacramento de la eucaristía diciendo que son indios y indias de mucha razón”, aunque lo señala más como una excepción que como algo extensible a otras comunidades tuteladas por órdenes religiosas. Incorpora tres dibujos de los indios del Paraguay, uno de ellos de espaldas y con “pañetes por no pintalle con la desonestidad con que ellos andan” (ver recursos). Nos describe Ocaña algunos de sus adornos y las costumbres que, en su escala de valores, le parecen más aberrantes, sin escatimar los detalles escabrosos.

Nuestro cronista hace una “Discrepción de la tierra del Paraguay y de Buenos Aires y del Tucuman”, a partir de la cual podemos inferir algunos de los lugares que pudo visitar. El primero fue el puerto de Buenos Aires, “cincuenta leguas tierra adentro”. Hace alusión a un tipo de árbol de la región: “que es como madera de encina, caen las ramas dentro del agua y por tiempo viene el agua a convertir aquella madera en pedernal… de manera que la rama que está fuera del agua es madera y lo que está en el agua pedernal”. Nos proporciona un testimonio directo de esta madera: “vi yo, en casa del obispo, un gran pedazo que por curiosidad se lo trujeron y el medio era madera y el otro medio estando continuo era pedernal”. Se trata del ñandubay (Neltuma affinis) un árbol que proporciona una madera rojiza muy dura e incorruptible. El prelado citado no podía ser el de Buenos Aires, ya que este enclave urbano no se erigió como sede episcopal hasta 1620, por lo que tuvo que verla en otra de las ciudades que visitó que, c. 1600, ya contaban con un obispo residente.

En Paraguay, nos dice el cronista: “se cogen todas las frutas de Castilla en abundancia y mucha caza de todas maneras”. Destaca la extraordinaria proliferación de caballos salvajes, los cuales, según él, habían sido introducidos por Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

Ocaña y su grupo continuaron su viaje en barco, siguiendo el curso arriba del río Paraná hasta llegar a la ciudad de Santa Fe: “que es el primer pueblo del Paraguay, pueblo donde hay dos conventos de San Francisco y de la Merced”. Con el mismo transporte continuó hasta “Las Corrientes” [= Corrientes]: “este es pueblo nuevo que habrá 14 años que se pobló, fue el poblador el licenciado Torres de Vera para refugio de los caminantes”. Aquí refiere que hay: “muchos tigres y muy grandes y muy bravos y matan muchos indios cuando están durmiendo y son tan grandes los mayores como un ternero de cuatro meses”. Se está refiriendo el cronista al jaguar (Panthera onca), el mayor felino de América.

Indica que de esta última ciudad partían dos caminos, sin que precise si recorrió ambos. El primero, siguiendo por tierra hasta a “otro pueblo que se llama Río Bermejo y los

españoles llaman La Concepción [= Concepción de Buena Esperanza o Concepción del Bermejo]" y de aquí a Nuestra Señora de Talavera de Esteco. Ambos núcleos urbanos, desaparecidos en el último cuarto del siglo XVII, se encontraban en una encrucijada de los caminos reales que iban desde el Río de la Plata al Alto Perú y desde Chile a Paraguay. Ocaña sigue describiendo a la población autóctona y todos los productos que llaman su atención, en este caso, entre otros: la miel y la cera, que los indios extraen de las colmenas naturales, la cual llevaban a vender a Potosí; la cochinilla (Dactylopius coccus), de la que se obtenía el famoso tinte rojo cochinilla; la "hierba azul que se llama añir [sic]" (Indigofera suffruticosa), de la que se extraía el colorante añil; y "otras raíces de que hacen verde y amarillo muy fino con que tiñen todas las ropas y algodones de que usan los españoles".

El segundo camino continuaba por vía fluvial desde Corrientes hasta Asunción, "cabeza de la tierra del Paraguay". Nos dice Ocaña que era una ciudad con: "casi tres mil hombres y mujeres más de siete mil y buen mujeriego hermosas [sic]". Era la sede de la gobernación y del obispado y en ella había conventos de San Francisco, de la Merced y de la Compañía de Jesús. En Asunción se fabricaban los barcos con los que se transportaban todo género de mercancías hasta Buenos Aires. Desde Asunción el cronista nos dice que se va a Guairá por la ribera del río, describiendo los impresionantes Saltos de Guairá, por lo que parece que pudo llegar a visitarlos. Apunta que, en la zona: "hay unos cocos, se crían debajo de la tierra y por tiempo revientan y con tanto ruido como si dispararan una escopeta y dentro dellos hay unas puntas de cristal de todos colores y tan labradas y vistosas que es maravilla de ver". Se les llamaba "cocos de pedernal" (geodas) y a ellos se hace alusión en distintas crónicas de la época. Indica que ese camino lleva a otro pueblo de indios, Corasidera, que no ha podido identificarse, y de aquí a Santiago de Jerez, desde donde había setenta leguas hasta Brasil. Este último enclave fue refundado en varias ocasiones, el que pudo visitar Ocaña se encontraba en el Parque Estadual das Várzeas do Rio Ivinhema, en la demarcación de la actual localidad de Pôrto Perobá (Brasil). El relato continúa trufándose con un sinfín de anécdotas de distintos pueblos de la región, de los que "la nación más principal es la de los guaraníes", citando ya el uso de las boleadoras que usaban para pelear.

A continuación, Ocaña da cuenta de un tercer camino "que va del fuerte del Gaboto hasta Tucuman ques tierra firme a la parte del norte". Se refiere al fuerte Sancti Spiritus, fundado por el navegante veneciano Sebastián Gaboto el 9 de junio de 1527, a orillas del rio Carcaraña. Continuó viaje a Córdoba (Argentina): "aquí en este pueblo es toda la contratación del Paraguay y de Chile y del Brasil y de Buenos Aires, porque está en el paso de todas estas partes". Era pues el núcleo comercial más importante de este territorio. En él, cita los conventos de San Francisco, de la Merced y de la Compañía de Jesus, la cual acababa de instalarse en esta localidad (1599) y que fue clave en el desarrollo de las labores evangelizadoras y educativas en la región. Como es habitual, Ocaña sigue describiendo costumbres, vestuarios, animales y recursos naturales que llaman su atención.

Desde Córdoba, una vez más, vuelve a señalar dos caminos: "uno para Chile y otro para Santiago del Estero". El que iba a Chile, seguía por los llanos hasta llegar a la cordillera, "a un pueblo que llaman La punta de los Venados [actual San Luis]… refugio de pasajeros que pasan a Chile en los seis meses al año que se abre la cordillera". De allí, los viajeros proseguían hasta San Juan de Cuyo [San Juan / Concepción] y Mendoza, ambas al pie de los Andes, que pertenecían a la Gobernación de Chile.

El otro camino real iba de Córdoba a Santiago del Estero que fue el que Ocaña prosiguió en su ruta a Potosí. Entre Córdoba y Santiago de Estero, “a mano izquierda, hacia la cordillera”, su insaciable curiosidad le lleva a apartarse dos leguas del camino para visitar:

“Unos sepulcros de gigantes, donde vi unos huesos muy grandes de hombres y unas calaveras de tanta grandeza que si estuviera cerca de donde embarcar alguna lo hiciera, porque en solo una, que era como una tinajuela el casco [= craneo], cupieron carga y media de maíz que allí delante de todos lo hice echar para podello escribir, que es más de una fanega de España…”.

Se trataba de huesos de vertebrados fósiles de gran tamaño de los que se tienen informes trasmitidos por diferentes cronistas desde mediados del siglo XVI, especialmente en el área en que Ocaña los vio. Recuerda el fraile que en la portería de su convento de Guadalupe (Cáceres) “está un hueso de un gigante que pesa sesenta libras”, el cual alcanzó un gran renombre y que debía proceder de algún yacimiento peninsular.

Nos dice Ocaña que en las riberas de los dos grandes ríos de esta región, el río Salado y el río Dulce, se asientan varios pueblos de indios: “todos de paz y cristianos y con sus iglesias y doctrinantes de clérigos y frailes”. La mayor parte de lo que se producía en este territorio, principalmente ropa de algodón y ganado, se vendía en Potosí y en Charcas (la sede de la Real Audiencia de Charcas estaba en la ciudad de la Plata, actualmente Sucre, en Bolivia).

Uno de los caminos que partía de Santiago del Estero llevaba a Nuestra Señora de Talavera del Esteco. Había en ella conventos de San Francisco y de la Merced. Ocaña se detiene en la abundancia de “avestruces” que vio en la zona, animal que confunde, por su apariencia, con el ñandú (Rhea pennata), el cual criaban las indias y cuyos plumajes usaban para su adorno personal todos los miembros de la comunidad. También habla del “turrón” que hacían con la abundante miel que recolectaban, sustituyendo las almendras por “semillas de zapallos” –alguna de las especies de calabaza de la zona (Cucurbita sp.)–, el cual vendían en Potosí.

Continuaron hasta San Miguel de Tucumán, “que está junto a la sierra”. A pesar de su pequeño tamaño, en este enclave había conventos de San Francisco, de la Merced y de la Compañía de Jesús. Ocaña destaca el lino que se cultivaba y la abundante madera de la que se fabricaban “todas las carretas que se gastan en el servicio desta gobernación”, sillas, ventanas y otros muchos útiles de madera. Cita también La Rioja, pero no parece posible que la visitara ya que lo habría desviado mucho de la ruta que seguía para llegar a Potosí.

El camino real continuaba a Las Juntas y de allí a San Bernardo de Lerma, en el valle de Salta (actual Salta), para continuar hasta San Francisco de Álava de Jujuy (= San Salvador de Jujuy), “último pueblo de Tucumán, saliendo al Pirú”. No había en él conventos: “sirve de abrigo para los caminantes que pasan a Buenos Aires del Perú y hay desde aquí a Potosí cien leguas”. Hace relación de un sinnúmero de frutas de origen español y de muchos animales autóctonos, entre ellos el “gergircho” (deformación de quinquincho) que por su descripción puede identificarse con el armadillo andino (Chaetophractus nationi), el cuye o conejillo de indias (Cavia porcellus) o la vizcacha (Lagidium viscacia) que en su habitual intento de asimilación con sus referentes conocidos compara con las liebres.

No hay más referencias cronológicas o geográficas concretas hasta el 24 de junio de 1600, festividad de San Juan Bautista, cuando les faltaban “seis jornadas” para llegar a Potosí. En ese punto, el indio que les servía de guía los abandonó. Tuvieron que cargar la ropa que él llevaba en las mulas en las que iban, por lo que se vieron obligados a proseguir a pie: “como arrieros de España”. En este punto de su narración, nos dice que los compañeros con los que habían viajado, “como eran soldados”, se quedaron en Paraguay, por lo que solo iban Ocaña, su criado “y un indio muchacho que yo traía conmigo”. Les cayó una nevada muy copiosa, en medio de la nada, que les hizo avanzar con mucha dificultad, lo que hace evocar al fraile sus recuerdos de la celebración de la fiesta en su monasterio de Guadalupe:

“Quán en la memoria tenía yo las roscas que ofrece el pueblo de Guadalupe el día antes y las comen en el refectorio con muy buena comida y la frescura del claustro, los ramos de juncia, la procesión y contento y alegría de aquel día, pisando los frailes en la procesión sobre flores y no a pie y con unos alpargates y sobre nieve”.

Como consecuencia de las inclemencias meteorológicas, Ocaña enfermó gravemente y a duras penas, amarrado a una de las mulas, fue trasportado hasta una “chácara” [= granja], donde se detuvieron ocho días para reponerse antes de llegar a su destino.

Entraron en Potosí la noche del 18 de julio de 1600: “cantando victoria de los trabajos, agradeciendo mucho a Nuestra Señora de Guadalupe los muchos favores que de su mano recibí en este camino”. Se alojaron en el convento de Santo Domingo.

Al concluir este apartado de la narración, Ocaña nos proporciona una referencia cronológica con la que resume lo que había sido su azaroso periplo por el Cono Sur:

“Desde el puerto de Buenos Aires del Paraguay y Tucumán y todo el reino de Chile caminé y anduve en cinco meses y medio sin detenerme en todo el Paraguay y Tucumán en pueblo ninguno no más de cuanto habíamos menester para hacer matalotaje [= abastecimiento] para pasar adelante el cual yo pedía por amor de Dios, porque no tenía un real con que comprallo”.

Se queja de que si bien los habitantes de los lugares por los que pasaba lo alimentaron y le proporcionaron lo necesario para llegar a Potosí, no le dieron “plata para Nuestra Señora”, motivo por el cual no se detuvo ni sacó “provecho ninguno”.

Como hemos visto, reconstruir el trazado de esta etapa resulta especialmente complejo, debido a los informes que nos proporciona sobre los distintos caminos que parten de un mismo enclave y a que muchos de los asentamientos citados fueron refundados en varias ocasiones, en diferente lugares. No resulta fácil dilucidar si los anduvo todos o si simplemente describe algunos de ellos a partir de la información que iba recogiendo en su viaje. La opción de que recorriera las distintas vías le habría obligado, en varios momentos, a desandar lo andado, y parece claro que, dado que no estaba obteniendo los ingresos esperados, su intención era llegar lo antes posible a Potosí (Bolivia). He optado por dibujar un recorrido, más o menos coherente geográficamente, que pase por los puntos que claramente parece que transitó y georreferenciar, siempre que ha sido posible, la mayor parte del resto de los enclaves citados que, presuntamente, pudo visitar.

Fuente

Biblioteca de la Universidad de Oviedo. Diego de Ocaña, Relación del viaje de Fray Diego de Ocaña por el Nuevo Mundo (1599-1605), Fondo Antiguo [288], 107v-146r.

Bibliografía

Ocaña, Diego de, “Relación del viaje a Chile, año de 1600 (crónica de viaje), Anales de la Universidad de Chile 120 (1960), 20-35.

Álvarez, Arturo, Un viaje fascinante por la América hispana del siglo XVI. Madrid: Studium, 1969.

Guarda, Andrés, Historia Urbana del reino de Chile. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978, 53-54.

Fray Diego de Ocaña, Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, (1599-1605). Blanca López de Mariscal y Abraham Madroñal (eds.). Madrid: Iberoamericana, 2010.

Gentile Lafaille, Margarita E., “Geografía y política. La gobernación de Tucumán en 1582, según la Relación de Pedro Sotelo Narváez”, Anuario Jurídico y Económico Escurialense XLV (2012), 581-608.

Copyright: © . Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).

Recursos

Carta Geographica de las Provincias de la Governación del Río de la Plata, Tucumán y Paraguay. Juan Ramón (1683)

Enlace

Indio del Paraguay (calchaquíes). Diego de Ocaña

Enlace

Indios del Paraguay (Charruas / Promaucaes). Diego de Ocaña

Enlace

Indios de Tucumán y Buenos Aires. Diego de Ocaña

Enlace